

## Desbordando patrones: El comportamiento doméstico de los hombres

*Santiago Bastos*

*Para Leti y su maridazo*

Los estudios llevados a cabo en las últimas décadas sobre el papel de las mujeres dentro de los hogares populares urbanos han supuesto un gran aporte para el conocimiento de su funcionamiento interno. Esta labor ha puesto las bases para un posterior desarrollo que toma elementos tanto de nuevos planteamientos sobre la dinámica del poder al interior de los hogares, como del estudio de la masculinidad en general. Con base en un trabajo de campo realizado recientemente en la ciudad de Guatemala, este artículo pretende colaborar en esta tarea, proponiendo dos elementos para comprender la conducta doméstica masculina, desde el convencimiento que ello es necesario si se quiere averiguar cómo funcionan los conjuntos domésticos. Finaliza con una reflexión sobre las conexiones entre modelos culturales y comportamientos cotidianos que permite comprender la heterogeneidad de estos últimos.

### **Mujeres y hombres en los hogares populares urbanos**

Como en otras partes de Latinoamérica, a partir de los años ochenta en México se dio un crecimiento

importante de los trabajos que tratan la temática del empleo en su dimensión doméstica, y por tanto como aporte a la reproducción cotidiana. Al combinarse este giro que toma el denominado "enfoque sociodemográfico" con el también creciente interés y atención en la situación general de las mujeres, en estos estudios de una forma u otra siempre se acaba tocando el tema del reparto de poder y autoridad al interior del hogar. Este heterogéneo cuerpo de investigaciones —cada una con su enfoque e intereses concretos— supone un importante avance en la comprensión de las dinámicas que guían los comportamientos en los hogares populares urbanos, dado que estudia a las mujeres en relación con su contexto social más inmediato.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Me refiero a trabajos como los de De Barbieri, (1984); González de la Rocha (1986-1994); Benería y Roldán, (1987-1992) y García y Oliveira (1994), que recogen y sintetizan, de nuevo cada uno con su interés y enfoque particulares, toda esta línea de análisis del empleo femenino y sobrevivencia doméstica en ámbitos urbanos.

<sup>2</sup> Lomnitz es la única autora que conozco que otorga

A pesar de que su objeto de estudio son las mujeres, a partir de ellos tenemos también información que permite cierta reconstrucción del comportamiento de los hombres en estos hogares. Esta información generalmente menciona dos patrones que se dan de forma simultánea: por un lado, se destaca que el hombre ha de ser teóricamente el principal aportador de recursos económicos al hogar. Al ser ésta una de las bases fundamentales de una autoridad que otorga el "patrón de dominación patriarcal", se dificulta mucho la incorporación laboral de la mujer aun cuando ésta sea necesaria y, en caso de que se dé, hace que la nivelación en cuanto a poder sea

mínima, pese a que pueda darse en cuanto a aportes reales. Además, al ser la tarea del hombre la manutención del conjunto doméstico, el resto de las tareas asociadas a la reproducción cotidiana quedan bajo la absoluta responsabilidad de la mujer, que se encarga así de "gestionar la pobreza". Sin embargo, esta responsabilidad tampoco le otorga mayor capacidad de decisión más allá de los estrechos límites de sacar adelante a la familia con un presupuesto mínimo.

Por otro lado, en estos trabajos queda bastante claro que los hombres no suelen cumplir con esta supuesta responsabilidad de mantener su hogar. De forma mayoritaria, destinan al "chivo" doméstico sólo parte de sus ingresos, y guardan otra parte para su propio uso. En muchos casos este gasto personal hace que la aportación doméstica sea insuficiente, por lo que la mujer debe trabajar para completarlo y de esta manera se provocan conflictos domésticos. Este comportamiento está asociado al derecho masculino a gastar con sus amigos, otras mujeres y en alcohol. De hecho, el abuso de este último y sus consecuencias intradomésticas pueden considerarse como el culmen simbólico y práctico de esta faceta del comportamiento masculino, pues lleva a gastar todo o bastante de los ingresos fuera del hogar y deja éste desaten-

dido económicamente, creando como consecuencia situaciones muy tensas y a menudo violentas en cuanto a la convivencia cotidiana.<sup>2</sup>

un papel positivo del "cuatismo" entre los hombres, por su papel en las redes de reciprocidad.

<sup>3</sup> Nancy Folbre. "Woman in her own: Global Patterns of Female Headship", Rita S. Gallin y Anne

Dependiendo del universo de estudio, la problemática concreta y los intereses de las investigaciones, en cada una destaca más uno u otro comportamiento; pero ambas formas en que los hombres se relacionan con su hogar y sus ingresos aparecen conjuntamente. En ellas no se intenta —ni se tiene por qué hacer, pues no es su finalidad— indagar en las razones de estos comportamientos masculinos y su relación con los femeninos y, para explicarlos, se suele hacer referencia al “patrón de dominación patriarcal” que se plasma en “la cultura” o, más en concreto, en la “cultura machista” que define la masculinidad en Latinoamérica.

En algunos trabajos, sin embargo, sí que se explicita una argumentación que intenta ver la conducta masculina no como causa del patrón cultural que rige los comportamientos, sino precisamente como un efecto de su desadecuación con los cambios que ha conllevado el “desarrollo” y la situación de pobreza que ha generado. Dentro de una comprensión más amplia de lo que han supuesto los cambios socioeconómicos para la familia, Folbre plantea que “el desarrollo económico... disminuye la importancia del hogar como unidad de producción y contribuye a la revisión y ‘modernización’ de las estructuras tradicionales de gobierno patriarcal”,<sup>3</sup> mientras que Buvinic habla de la “disrupción de sistemas tradicionales patriarcales de gobierno”<sup>4</sup> como un

Ferguson (eds.). *The Women and International Development Annual*, vol. 2, Westview Press, Boulder, 1991, p. 12 (cursivas mías).

<sup>4</sup> Mayra Buvinic. “The Vulnerability of Women Headed Houdeholds: Policy Questions and Options for Latin America and the Caribbean”. Documento presentado en la Reunión Vulnerable Women, organizada por The Population Council, Viena, 26-30 de noviembre, 1990, p. 4 (cursivas mías).

<sup>3</sup> Chant, Sylvia. “Mitos y realidades de la formación de las familias encabezadas por mujeres: el caso de Querétaro, Mexico”, en L. Gabayet, P. García, M.

hecho que favorece la jefatura femenina. Finalmente, citando a diversos autores, Chant constata cómo “la explicación mas común [de la jefatura femenina]... es el hecho de que es *muy limitada la importancia funcional del hombre dentro de*

González, S. Lailson y A. Esobar (comps.), *Mujeres y sociedad: Salario, hogar y acción social en el Occidente de México*, El Colegio de Jalisco/CIESAS, Guadalajara, 1988, p. 184 (cursivas mías).

<sup>6</sup> Ruben Kaztman. “¿Por qué los hombres son tan irresponsables?” *Revista de la CEPAL*, núm. 46, abril, 1992, p. 90.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 93.

*la unidad doméstica*. Cuando los hombres ganan salarios muy bajos e irregulares, se les dificulta mucho desempeñar su papel masculino de sostén de la familia y les proporciona un sentido de inferioridad y frustración”.<sup>5</sup>

Estas tesis que intentan explicar el porqué los hombres son tan “irresponsables” encuentran su mejor sistematización en un breve artículo escrito por Kaztman precisamente con este título. Este autor desarrolla una explicación basada en el elemento diacrónico, que se podría resumir en la idea de que la rápida urbanización habida en Latinoamérica no ha permitido que los patrones patriarcales basados en la economía campesina se adapten a la economía mercantil y la precariedad laboral que se da en las ciudades. Esto ha provocado que “la distribución del poder dentro de las familias populares urbanas, [que] tiene carácter machista y autoritario, [y] se basa en la fuerza de valores tradicionales... fue[ra] atacada simultáneamente desde tres ángulos: el incumplimiento del rol masculino de proveedor único, ... el debilitamiento de la imagen paterna como modelo para los hijos, ... y la

<sup>8</sup> Elizabeth Jelin. *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*. CEDES, Buenos Aires, 1984;

acción de nuevas corrientes ideológicas”.<sup>6</sup>  
Por todo ello, el hombre se encuentra “in-

habilitado" para el desempeño de sus roles culturalmente asignados, produciendo una situación «anómica» que "genera un circuito perverso en el cual el incumplimiento de las obligaciones debilita su autoridad dentro de la familia, lo que a su vez contribuye a acelerar su abandono esas obligaciones".<sup>7</sup>

Que las formas y modelos de organización doméstica están cambiando como producto de cambios mayores es evidente;<sup>8</sup>

y es de suponer que ello incide en las formas en que actúa el varón. Pero que sirva para explicar este problema, no es tan claro: existen varias evidencias para mostrar que el comportamiento masculino que Kaztman denomina como "irresponsable" se da en marcos sociales y cronológicos diferentes a los que él utiliza para explicarlo. Por un lado, ha sido descrito tanto entre los sectores medios<sup>9</sup> como entre campesinos,<sup>10</sup> naturalmente matizado por las condiciones que les diferencian. García y Oliveira, citando a González e Iracheta, comentan cómo en «sectores campesinos del siglo XIX [en México], la agresión masculina contra las mujeres cumplía la función de mantenerlas en el lugar que les estaba socialmente asignado en la jerarquía

Manuel Castells. Castells, Manuel. "The Net and the Self. Worknotes for a Critical Theory of the Informational Society", *Critique of Anthropology*, vol. 16 núm. 1, 1996; Mercedes González de la Rocha. "A manera de introducción: cambio social, transformación de la familia y divergencias del modelo tradicional", en Mercedes González de la Rocha (comp.). *Divergencias del modelo tradicional. Hogares de jefatura femenina en América Latina*, CIESAS, México (en prensa).

Michoacán, Zamora, 1996 (tesis de maestría); Rosío Córdova. "Infidelidad femenina y tolerancia social en el campo: el papel de la sexualidad en la construcción de identidades", en Jorge Aceves

<sup>9</sup> Teresita de Barbieri. *Mujeres y vida cotidiana*. SEP, México, 1984; Brígida García y Orlandina de Oliveira. *Trabajo femenino y vida familiar en México*. El Colegio de México, México, 1994.

<sup>10</sup> Fiona Wilson. *De la casa al taller. Mujeres, trabajo y clase social en la industria textil y del vestido. Santiago Tangamandapio*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1990; Dorien Brunt. *Mastering the Struggle. Gender, Actors and Agrarian Change in a Mexican Ejido*, CEDLA, Amsterdam, 1992; Magdalena Villarreal. *Wielding and Yielding. Power, Subordination, and Gender Identity in the Context of a Mexican Development Project*, Universidad Agraria de Wageningen, Wageningen, 1994; María Soledad de León. "Hombres nortños y mujeres livianas: familia, trabajo y relaciones de género en Paredones, Michoacán", El Colegio de

(coord.), *Historia oral. Ensayos y aportes de investigación*, CIESAS, México, 1996.

<sup>11</sup> García y De Oliveira, *op. cit.*, p. 160.

<sup>12</sup> Este tipo de explicaciones tiene además otro problema, al entrar en contradicción con alguna corriente del feminismo. Según se lee en los textos de Buvinic (1991), Folbre (1991) o Kaztman (1992), el

familiar, así como controlar su movilidad física y sexual. En el contexto de pobreza y opresión... la violencia contra las mujeres era una forma de descarga de frustraciones, tensiones y conflictos

provocados por la situación social".<sup>11</sup> El primer argumento es muy similar al desarrollado para hablar de la sujeción femenina entre los sectores populares urbanos actuales, mientras que el segundo recuerda mucho al del propio Kaztman.

### Hacia nuevas interpretaciones de la dinámica de género en los hogares

Así pues, esta interpretación, que es el intento más sofisticado de comprender el comportamiento masculino en los sectores populares, no acaba de ser satisfactorio. Se basa en la concepción de un "patrón de dominación

patriarcal" único y estático, que no da cuenta ni de la gran variedad de situaciones que encontramos en la práctica ni sus posibles cambios y adaptaciones.<sup>12</sup> De hecho, ésta es una de las principales críticas que se hace, según Chant, desde lo que ella denomina las perspectivas feministas postmodernas:

patrón de poder doméstico heredado de relaciones premodernas choca con la realidad de las relaciones sociales y laborales capitalistas. Sin embargo, en trabajos como el de Bossen (1984) se afirma que la "estratificación por sexos" aumenta conforme se generalizan las relaciones salariales, por lo que la dominación masculina —y el machismo en concreto— son producto del capitalismo. Pareciera entonces que la supremacía masculina, asociada a la burguesa, llevara en su seno el germen de su propia destrucción.

<sup>13</sup> Silvia Chant. *Women-Headed Households. Diversity and Dynamics in the Developing World*, McMillan, Londres, 1997, pp. 34-35 (cursivas mías).

<sup>14</sup> Los resultados de estas diferentes "construcciones históricamente específicas" se aprecian al comparar

— A pesar de teorizar sobre el patriarcado como un sistema social, se conceptualiza la subordinación femenina como fundamentalmente fragmentada y variada... Así, aunque el acceso diferencial a recursos y poder, basado en el género y la diferencia sexual, está extendido, no podemos explicarlo por un concepto monolítico de patriarcado, sino explorar las construcciones históricamente específicas de patriarcados (y masculinidades).<sup>13</sup>

los comportamientos de hogares indígenas mayas (residentes en las mismas colonias en que se realizaron estas entrevistas) con el modelo de patrón de dominación patriarcal descrito en la bibliografía. La

Este llamado al reconocimiento de la heterogeneidad entre los comportamientos domésticos es uno de los objetivos del presente artículo, aunque se lleve más allá de lo que hace esta corriente, pues no sólo la forma en que se vive la «dominación patriarcal» depende de las diferentes construcciones históricas en que se dé, sino que dentro de una de ellas, e incluso dentro de un mismo grupo social —los sectores populares urbanos—, las dinámicas de poder y género producen resultados concretos básicamente diversos, sin que ello implique que existen muchos «modelos culturales» o “patrones de dominación”.<sup>14</sup> Como plantean Ariza y de Oliveira, “es posible encontrar distinciones en el modo de ejercicio del poder masculi-

experiencia histórica que ha supuesto en Guatemala ser indígena ha dado un carácter especial y propio a la forma en que se dan las relaciones entre hombres y mujeres en estos hogares y las identidades y contenidos culturales asociados a ello (Ver Bastos, en prensa).

<sup>13</sup> Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira. “Formación y dinámica familiar en México, Centroamérica y El Caribe”, *Ibero-Amerikanisches Archiv*, núm. 23, 1997, p. 35.

<sup>14</sup> Villareal, *op. cit.*: Jo Schrijvers. *Mothers for Life. Motherhood and Marginalization in the North Central Province of Sri Lanka*, Delft, Eburon, 1986; Brunt, *op. cit.*



<sup>17</sup> Villarreal,  
*op. cit.*, p. 55.

<sup>18</sup> *Idem.*

no... Esta diversidad de vivencias es el resultado tanto de la conjunción de historias individuales como de la interacción

social en un mundo pautado por asimetrías de género".<sup>15</sup>

Y esto tiene que ver con otro elemento que se está trabajando en la actualidad y en el que también se basa este artículo: las relaciones de dominación —las de género en este caso— no pueden ser vistas de una forma simplista y unidireccional. Siguiendo las ideas de Foucault en cuanto a autoridad y poder, existe una corriente de trabajo dentro de la literatura sobre la mujer que pretende superar la constatación de que existe una relación de dominio basada en el género, para centrarse en las formas que de hecho toma esa relación. Así, para comprender el comportamiento de las mujeres en sus hogares —y por tanto en relación a la figura del varón— hemos de considerar, como muestran Villarreal, Schrijvers

<sup>19</sup> Matthew Gutmann. " Trafficking in Men: The Anthropology of Masculinity" , *Annual Review of Anthropology*, núm. 26, 1997, p. 386.

o Brunt,<sup>16</sup> que la relación de "dominación" que las subyuga no es algo sencillo y dado. Como plantea la primera,

"el poder existe en el grado en que es ejercido sobre otros y, por lo tanto, en que se presentan fuerzas contestatarias que deben ser controladas".<sup>17</sup> Esto implicaría no ver el binomio dominación-subordinación como algo preexistente y omnímodo, sino indagar "sobre quiénes y cómo se ejerce y también cómo se responde en las ambigüedades de la interacción".<sup>18</sup> Si las relaciones jerárquicas de género y la autoridad domés-

tica son un espacio continuo de negociación y práctica, podrá haber —dentro de ciertos y evidentes límites— una diversidad de posibilidades en cuanto a su ejercicio concreto.

Por último, este artículo pretende dar elementos que permitan comprender el comportamiento de los varones en los hogares populares urbanos, por lo que también se inscribe y beneficia de toda una línea de estudios sobre la masculinidad que están surgiendo en la última década. De ellos, en concreto, entraría en la concepción que, según Gutmann, considera como masculinidad “por definición, todo lo que los hombres hacen”;<sup>19</sup> y en la aproximación de quienes “incluyen las descripciones y análisis de las mujeres como integrales para un estudio amplio de la masculinidad”.<sup>20</sup>

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp. 386-387. Las “corrientes” complementarias serían, respectivamente, la que considera que “masculinidad es todo lo que los hombres hacen y piensan para ser hombres”; y la que se centra en “eventos sólo masculinos”.

<sup>21</sup> David Gilmore. “Men and Women in Southern Spain: ‘Domestic Power’ Revisited”, *American Anthropologist*, núm. 90, 1990, p. 953.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 956.

Quiero rescatar el trabajo de Gilmore sobre las relaciones domésticas en Andalucía (España), en que plantea que “las mujeres... pueden prevalecer en la toma de decisiones domésticas a pesar de la oposición de sus esposos... en una aparente inversión de un ‘ideal patriarcal constituido’”.<sup>21</sup> Más allá del valor de la etnografía, lo interesante de este trabajo es que introduce la posibilidad de que el poder real al interior del hogar no se corresponda con lo que los cánones de la dominación de género deberían prescribir. Para ello utiliza una herramienta conceptual: el “poder doméstico”, que de-

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 957.

<sup>24</sup> David Gilmore. *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*, Paidós, Barcelona y

fine como “la probabilidad de facto de prevalecer en la toma de decisiones conyugales sin importar el ‘derecho’; es decir, los standares de jure, públicos”.<sup>22</sup> Con ella se puede diferenciar qué es lo que la “norma cultural” dicta de la forma concreta que toma. También sirve para traer a colación una de sus conclusiones, que es más provocativa aún que la anterior: “el esquema de género es igualmente represivo para ambos sexos”.<sup>23</sup>

De este mismo autor, su trabajo sobre las diferentes formas que toma la masculinidad —y sobre todo la forma de acceder social y culturalmente a ella—<sup>24</sup> también aporta un

Buenos Aires, 1994.

marco de referencia sobre los elementos comunes que esa visión transcultural le permite apreciar en las diversas construcciones concretas. Aunque centrado en los ritos de paso, aporta elementos de contenido sobre lo que socialmente significa «ser hombre» y ofrece una interpretación del porqué de estos rasgos.

Finalmente, habría que destacar el aporte del reciente trabajo de Gutmann,<sup>25</sup> cuyo objetivo explícito es precisamente

<sup>25</sup> Matthew Gutmann. *The Meanings of Macho. To be a Man in Mexico City*, University of California Press, Berkeley, 1996.

desmontar la imagen arquetípica que sobre el varón mexicano se tiene como “macho” y por tanto portador de unos valores y comportamientos “machistas”. Para ello muestra la gran variedad de significados y las transformaciones que la masculinidad —el “ser hombre”— está sufriendo en una co-

lonía popular de México, D.F. Aunque el varón es el objeto de su estudio y se enfoca directamente a él, las mujeres son una parte esencial de su trabajo. De todas formas, a pesar de las situaciones que aparecen en su rica etnografía, no se preocupa directamente por la vinculación de las identidades de género con la subsistencia y el empleo, ni profundiza en la construcción de éstas en las relaciones de poder que se establecen dentro de los hogares.

Así pues, tomando estos trabajos como marco de referencia y antecedentes, el objetivo central de este artículo es dar una propuesta para analizar el comportamiento aparentemente paradójico de los varones —supuestamente proveedores exclusivos que gastan sus ingresos fuera del hogar—, considerándolo no como una transgresión del modelo de masculinidad o una desadecuación de éste con la situación socioeconómica, sino precisamente como resultado de una masculinidad que es normativamente ambigua. Pero para poder comprender esta conducta, hay que ponerla en relación con la femenina y con los modelos culturales que guían a ambas; por lo que estos aspectos aparecen también como centrales. Estas reflexiones se basan en el análisis de una serie de entrevistas realizadas entre julio y septiembre de 1997 a hombres y mujeres residentes en tres colonias populares de ciudad de Guatemala. Por problemas de espacio no las utilizaré tanto como hubiera sido aconsejable, y así se perderá un recurso expositivo fundamental, lo cual es una pena, pues un primer

<sup>26</sup> Gilmore.  
*Hacerse hombre.*

elemento que surge de su lectura es que cada vida es un mundo, y que en los análisis sociales —en nuestra búsqueda de regularidades— se tiende a homogeneizar la descripción de esta realidad.

### Los efectos de una masculinidad ambigua

La propuesta que quiero hacer para tener un marco que permita comprender el comportamiento doméstico aparentemente paradójico de los hombres de los sectores populares urbanos no supone realmente nada nuevo. Se basa en algo que está implícito en casi todos los textos mencionados, e incluso en otros más sobre la masculinidad.<sup>26</sup> Lo que me parece es que hacerlo explícito y utilizarlo como eje de análisis puede ayudar en esta tarea.

La idea parte de que la explicación a estas conductas se puede encontrar dentro del propio modelo que está detrás de los comportamientos, en el que, como bien apunta Sarti, “hombres y mujeres se definen según diferentes categorías

morales”.<sup>27</sup> Si esto puede sonar como excesivo para ciertos ámbitos de la acción social, en lo que se refiere al hogar y la familia es evidente que los

patrones esperados de conducta son claramente diferentes para ambos. En el caso de la mujer, es bastante evidente lo que se espera de ella, y en ello existe bastante unanimidad

<sup>27</sup> Cynthia Sarti. “Morality and Transgression Among Brazilian Poor Families: Exploring the Ambiguities”, en David J. Hess y Roberto A. DaMatta (eds.). *The Brazilian Puzzle. Culture on the Borderlands of the Western World*. Columbia University Press, Nueva York, 1995, p. 122.

en la bibliografía: su espacio de referencia casi exclusivo es el hogar, donde sus tareas han de ser, también casi exclusivamente, cuidar a sus hijos y satisfacer a su esposo. Así, su marco de comportamiento no ofrece apenas ambigüedades, y todo lo que suponga salir de él lo ha de hacer teniéndolo muy en cuenta: si trabaja, que sea sin descuidar a los hijos y alejándose lo menos posible de la vivienda, para que el esposo pueda controlar sus movimientos. En todas las entrevistas así como en los testimonios recogidos en la bibliografía, se aprecia que el “deseo” máximo de toda mujer y la forma de “realizarse” como tal es tener hijos; y para ello, la forma socialmente aceptada es formar un hogar. Incluso en los testimonios esta consagración a los niños y su importancia es mucho mayor que la otorgada a sus compañeros: aunque el matrimonio es la forma reconocida para ejercer la maternidad, la importancia de ésta es tal que también se acepta la posibilidad de ser madre sin un varón como compañero.

Pero en el caso de los hombres la cosa no está tan clara. El patrón que cultural y socialmente debe guiar su comportamiento es, cuando menos, ambiguo, y puede llegar a ser francamente contradictorio. Debe moverse entre dos polos: el hogar y el mundo externo, sin poder llegar a abandonar totalmente ninguno de los dos. De León lo plantea claramente en la siguiente frase: “aunque a los varones en general se *atribuye* el ejercicio de la libertad, se *espera* que esta facultad no interfiera con el cumplimiento de sus obligaciones

<sup>28</sup> María Soledad de León. De León, María Soledad. "Hombres norteños y mujeres livianas: familia, trabajo y relaciones de género en Paredones, Michoacán", El Colegio de Michoacán, Zamora, 1996, p. 74 (tesis de maestría), cursivas mías.

familiares. Esto es, que sus ratos de esparcimiento con amigos o su afición por el alcohol no sean llevadas al grado de gastar todo el dinero en 'vicios'.<sup>28</sup>

Esta afirmación, hecha en un contexto campesino de México, puede ser aplicada igualmente en Guatemala y en ámbitos urbanos, y se pueden destacar en ella dos aspectos. En primer lugar, está el uso del impersonal "se" —se atribuye, se espera—, que nos indica que no hay uno o varios actores concretos detrás de la acción ("los hombres atribuyen", "las mujeres

esperan"...), sino que hablamos de un imperativo categórico de una jerarquía más amplia. Es decir, estamos ante elementos culturalmente dictados y, por tanto, socialmente sancionados como normas de comportamiento. En segundo lugar, hay que fijarse en la diferente conceptualización hecha de cada uno de los polos de este binomio de comportamiento: el ejercicio de la libertad es directamente *atribuido*, connatural al ser masculino, mientras que la responsabilidad doméstica es

<sup>29</sup> De todas formas, para hacer más evidente la ambigüedad que rige la relación entre estas dos normas de comportamiento masculino, podemos traer las palabras de un informante de Córdoba, quien coloca el aporte económico por encima de la libertad: "hay un dicho muy vulgar, que el hombre es libre no faltando en la casa de comer, vestir y calzar. De ahí p' allá, el hombre es libre" (1996, p. 167). Pero en este mismo trabajo Córdoba muestra en un par de momentos el carácter "atributivo" otorgado a la libertad masculina. Primero comenta cómo a "los hijos varones se les imponen disciplinas menos severas [que a las hijas] en función de la idea, extendida hasta los adultos, de que los hombres son más rebeldes e irresponsables" (*Ibid.*, p. 159), y posteriormente, hablando del matrimonio, dice que "al atribuirse a los hombres falta de responsabilidad hacia la familia y carácter disoluto, se les considera más libres de relacionarse social y sexualmente con quien deseen".

optativa: *se espera* que sea cumplida.<sup>29</sup>

El esquema de masculinidad está entonces construido no sobre una imagen ideal, como ocurre con la feminidad, sino —al menos— sobre dos. Por un lado, la identidad e imagen

del hombre pasa por el hogar, del que debe ser, si es posible, el único proveedor. Es decir, frente a la afirmación de González de la Rocha de que “no hay identificación entre el hogar y el hombre, como en el caso de las mujeres”,<sup>30</sup> hay que considerar que si bien esta identificación no es tan fuerte, para los varones el hogar sí es uno de los polos de referencia. Y en él, su papel es claro —y difícil en las circunstancias de pobreza generalizadas—: ha de conseguir ingresos para la reproducción de todo el grupo. En la medida en que cumple ese papel será socialmente reconocido y tendrá capacidad para imponer su autoridad sobre la mujer y los hijos.

Pero, por otro lado, esta responsabilidad queda a su entero albedrío, pues esa identidad e imagen también consagran su libertad y autonomía respecto a qué hacer con los ingresos por él obtenidos. Socialmente, el varón también debe mostrar su imagen de hombre libre de ataduras, autónomo, sobre todo respecto a la autoridad que pueda suponer su mujer. Una forma de ejercer y mostrar esa autonomía es gastar parte de lo que gana en lo que él quiera. Normalmente esto supone hacerlo con sus pares, los «cuates», que es el ámbito donde esta imagen de la masculinidad halla su respaldo, y hacerlo en las actividades asociadas al «ser macho», que es lo que se espera de él: alcohol, juego, mujeres. Este comportamiento no es, como pudiera parecer, la “transgresión”<sup>31</sup> del comportamiento esperado, ni tampoco represen-

<sup>30</sup> Mercedes González de la Rocha. *The Resources of Poverty. Women and Survival in a Mexican City*, Blackwell, Oxford y Cambridge, 1994, p. 139.

<sup>31</sup> Sarti, *op. cit.*



<sup>32</sup> Lourdes Benería y Martha Roldán. *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*, El Colegio de México / FCE, México, 1992.

ta una "doble moral", como plantean Benería y Roldán:<sup>32</sup> es simplemente la otra cara de la imagen del hombre adulto.

Unas palabras de don Jordán muestran claramente esta idea de que el hombre sabe que tiene derecho a la libertad de gasto. Frente al comportamiento habitual de entregar sólo parte de sus ingresos, él afirma: "le doy [a mi esposa] todo lo que gano, yo sólo con mi pasaje tengo, me da pena decirle pero así es. Imagínese usted, si yo estoy ganando poco, y de lo que gano agarro la mitad para mí, entonces qué le daría yo a ella, no le daría nada. Entonces prefiero que haya comida". Con esta forma de plantear la situación, nos está mostrando que él sabe que "tendría derecho" a tomar parte de sus ingresos, aunque prefiere no hacerlo, pues lo bajo de éstos no lo permite. Pero lo que es más importante es que sabe que este comportamiento puede ser considerado como vergonzoso para un hombre como él, y por ello "le da pena" decirlo. De alguna forma, sabe que no se está comportando como todo un "verdadero hombre", pero, finalmente, es el discurso de la responsabilidad y la superación los que dan una justificación a sus actos, pudiendo así saltarse el comportamiento en él esperado.

Por otro lado, la mujer no desapueba este comportamiento en sí, sino en el momento en que supone un problema para el cumplimiento de su otra faceta como varón adulto. Así, doña Rosa nos habla de las razones de su separación en los

siguientes términos: “[mi esposo] sí tomaba, a mí no me importaba eso, eso se lo pasaba, aunque sea un poquito pero sí me daba el gasto [chivo]... Tomaba, pero no llegó a pegarme, tomaba pero tranquilo... Pero cuando ya me di cuenta de que andaba con otra señora, eso ya no... me separé y me vine [a la casa de mis padres]”. La razón no estuvo entonces en el alcohol, pues su consumo no alteraba la vida económica ni la integridad física de los demás miembros del hogar. En cambio, el hecho de que estuviera con otra mujer sí que podía llegar a alterar el compromiso mínimo entre ambos cónyuges, y eso fue lo que la decidió a dejarlo. De la misma forma, doña Violeta comenta cómo su esposo “tomaba mucho, era un desastre, me maltrataba [insultaba] como si fuera una mujer de la calle, me decía cosas, tonteras horribles... Él no ha sido un santo, pero ha sido responsable, porque él, pagándole y ‘aquí está su dinero, mire qué hace con él’. Me dice ‘Violeta, tome, aquí está su fin de mes, su gasto, sé que usted no lo va a malgastar’”. En este caso, el haber aguantado la violencia verbal se justificaba por el hecho de que se mantenía el compromiso económico. A la larga ella se siente satisfecha y lo más negativo que puede decir de su esposo es que “no era un santo”.

Así pues, entre hombres y mujeres, entre católicos e incluso evangélicos, no se sanciona o sataniza la conducta “desordenada” del varón: es lo esperado de él. Algunos protestantes, evidentemente, no lo pueden aceptar desde su nueva doctri-

na, pero cuando hablan de sus experiencias pasadas, lo hacen con mucha naturalidad, e incluso a veces con nostalgia y, lo que es más importante, lo comprenden entre sus hijos, como hace don Pancho —un profundo creyente evangélico—: “es lógico que quieran probar el mundo, qué tiene el mundo, entonces yo les digo que allí no van a encontrar nada, pero si ustedes quieren, vayan a probar...”. Algunas mujeres, como la misma doña Violeta, dejan ver que fue ese comportamiento lo que les atrajo de sus esposos en un primer momento, o por lo menos que no las desanimó: “me puse a trabajar en una librería, estando allí conocí a mi esposo... luego me enamoré, me casé y todo; él era la oveja negra, tomaba mucho, le daba problemas [a su madre]”. Y aquí la paradoja alcanza también a las mujeres: el tipo de hombre que socialmente esperan e incluso construyen puede ser, en una de sus facetas, causa de muchos sufrimientos. Por ello no ha de extrañar que algunas otras, de forma consciente, se opongan a este estereotipo y lo sancionen con las formas que puedan en su entorno inmediato.

Teniendo esto en cuenta, podemos retomar entonces la aseveración de Gilmore respecto al poder represivo del esquema de género entre los varones. Lo aquí visto no nos lleva a ello, pero sí a plantear una cuestión hasta ahora quizá poco aclarada en los estudios sobre comportamiento doméstico: si el “varón” es una categoría marcada por el género, si los hombres han de comportarse como tales de acuerdo con esta

construcción cultural, entonces sí que hay que aceptar que el “esquema de género” también incidirá en sus actividades, percepciones e identidad, poniendo unos límites y, para lo que nos interesa, marcando unas pautas de comportamiento socialmente esperado. Esta cualidad la captaban —y la aprovechaban— perfectamente los avezados informantes de Gutmann en la ciudad de México, cuando justificaban la violencia sobre las mujeres —uno de los reflejos más perversos de esta doble articulación— diciendo que lo hacían “por machismo”.<sup>33</sup> Estos hechos nos hablan entonces de una masculinidad que no pasa necesariamente por ser cabeza visible de un hogar y que tiene otros referentes, por lo que se puede ser socialmente aceptado siendo un soltero maduro, o habiendo abandonado a la familia.<sup>34</sup> Y es aquí donde encontramos el conflicto: parece que dentro de esa imagen “no paternal” del varón, la autonomía, la independencia, el alcohol, el gasto conspicuo y “las mujeres” juegan un papel muy importante. Porque la ambigüedad entre estos dos comportamientos, que llevados al extremo son contrapuestos, reside en que para que el hombre sea socialmente aceptado en todas las esferas no puede descuidar ni desentenderse ni de uno ni de otro.

<sup>33</sup> Gutmann, *The Meanings of Macho*, pp. 207 y 210. Este mismo autor comenta algún caso en que la violencia doméstica acompañaba precisamente la infidelidad masculina, como una forma de descargar las culpas.

<sup>34</sup> En los hogares entrevistados existen bastantes casos de jóvenes que ya no lo son tanto —por encima de los 25 o 30 años— y que aún están solteros, bajo la autoridad y el techo de sus padres. De la misma forma, entre estos hogares hay una proporción importante de “jefes” cuyos núcleos están insertos en hogares extensos y por tanto —pese a la autonomía de acción reconocida— también socialmente vistos, de alguna forma, como “bajo el poder” de sus padres. Entre los indígenas no se dan tanto estas dos situaciones, quizá porque para ellos la masculinidad sí que pasa por ser jefe, cabeza visible de un hogar, por lo que forman el suyo propio muy jóvenes y no se quedan “bajo el poder” de sus padres más del tiempo necesario. (Bastos, en prensa).

Debe hallar un equilibrio entre ambos, un equilibrio a veces muy precario en que debe mantenerse para que sea aceptado como "varón" por todos y en todos los ambientes en que se mueve. Si la escisión se consuma y rompe con alguna de las dos imágenes de lo que se espera de él, será socialmente condenado. Podrá convertirse o en un "poco hombre" que descuida a sus amigos, o en un "irresponsable" que abandona sus deberes para con la familia.<sup>35</sup> Entre medias hay una amplia gama de posibilidades que si bien pueden poner en entredicho la subsistencia diaria de su hogar, no cuestionará su imagen social.

<sup>35</sup> Gutmann (1996, p. 189) muestra los límites socialmente admitidos del alcohol. Por un lado reproduce las palabras de un informante que dice que " ser un teporocho [alcohólico mendicante] significa que no eres nadie, que nada te importa, ni tu vida, tus hijos o tu mujer. Es perder todo, no tener siquiera una madre" ; y por otro, comenta cómo el abstenerse de beber " estaba culturalmente sancionado, respetado y apoyado" en la colonia. (*Ibid.* p. 186).

El caso del esposo de doña Elvira muestra claramente ese punto de equilibrio entre las dos formas de la masculinidad, vistas desde el hombre, claro: siempre tomó, y eso no le impidió casarse, procrear muchos hijos y mantenerlos sin que siquiera su mujer tuviera que salir de la casa a trabajar, pues él cumplió entregando semanalmente su aportación, ejerciendo así su papel de hombre proveedor al mismo tiempo que el de "macho bebedor". Nunca rompió el equilibrio ni por la parte del abandono ni por la de la violencia. Doña Elvira se queja ahora de que sus hijos no estudiaron y de que ella se halla sin posibilidades de montar un negocio propio, pero no es capaz de culpar a su esposo por ello. En cambio, hay otros casos en que la balanza sí se decanta hacia la "irresponsabilidad", con graves

El caso del esposo de doña Elvira muestra claramente ese punto de equilibrio entre las dos formas de la masculinidad, vistas desde el hombre, claro: siempre tomó, y eso no le impidió casarse, procrear muchos hijos y mantenerlos sin que siquiera su mujer tuviera que salir de la casa a trabajar, pues él cumplió entregando semanalmente su aportación, ejerciendo así su papel de hombre proveedor al mismo tiempo que el de "macho bebedor". Nunca rompió el equilibrio ni por la parte del abandono ni por la de la violencia. Doña Elvira se queja ahora de que sus hijos no estudiaron y de que ella se halla sin posibilidades de montar un negocio propio, pero no es capaz de culpar a su esposo por ello. En cambio, hay otros casos en que la balanza sí se decanta hacia la "irresponsabilidad", con graves

consecuencias familiares. Ésta es la situación de Tito, quien a sus más de 50 años sigue viviendo con su padre que nos cuenta: “él se dedicó al vicio, entonces ella [la esposa] lo dejó, se desesperó... Ahora mi hijo se vino para acá, no está trabajando... Ya le prevení mucho que no tome, pero él no deja de tomar, tiene malos amigos que lo vienen a traer, a conquistar, yo le digo ‘no sos ningún chiquito’, pero no puede uno evitarlo”.<sup>36</sup>

<sup>36</sup> La mención —muy habitual— a los “malos amigos” o las “malas juntas” para explicar este comportamiento es una muestra más de su concepción como extradoméstico: el que se convierta en problemático sería causado por elementos “de fuera”, nunca internos.

Si en la bibliografía sobre relaciones de género y subsistencia urbana este doble comportamiento del varón es reseñado —junto con las menciones al carácter autoritario de su figura— sin que se hable del carácter ambiguo de este comportamiento, en los estudios que tratan directamente sobre “los hombres” tampoco he encontrado respuestas claras a este problema. De hecho, en el acucioso repaso que Gutmann hace sobre estudios relacionados con la masculinidad no hay mención alguna al respecto. Sólo al hablar de la violencia intradoméstica comenta que “las fuentes sobre la violencia, si no sus consecuencias, están a menudo sobredeterminadas y subteorizadas”:<sup>37</sup>

<sup>37</sup> Gutmann, *Trafficking in Men*, p. 399.

de nuevo, parece que estamos ante un comportamiento dado por hecho y no cuestionado.<sup>38</sup> Por ello me es difícil desarrollar un planteamiento sobre sus orígenes o causas. Sin embargo, existen un par de textos que ofrecen algunas pis-

<sup>38</sup> En su trabajo sobre la masculinidad en la ciudad de México, Gutmann (1996) tampoco afronta de forma directa el problema de esta ambigüedad en el comportamiento de los varones. Por ejemplo al tratar el problema del

alcohol, menciona sus efectos intradomésticos, pero no el conflicto que existe en esta "doble moral" instituida. Su línea de argumentación le lleva a buscar la heterogeneidad en el cambio y en la inexistencia de una única forma de ser hombre, por lo que no explora, como es mi interés aquí, el patrón de comportamiento que está detrás de todas esas variadas manifestaciones.

<sup>39</sup> Gilmore, *Hacerse hombre*, p. 216.

tas y, sobre todo, ayudan a ubicar la forma que toma entre los varones de los sectores populares urbanos.

En el ambicioso estudio que hace sobre la construcción de la masculinidad en

diversas culturas y lugares del globo, Gilmore encuentra bastante común el patrón por el que varón ha de ser el proveedor del hogar y la comunidad y también su defensor, por lo que las conductas asociadas al mundo extradoméstico suelen conllevar una dosis importante de valentía y defensa del honor. En concreto, plantea que "para ser un hombre en la mayoría de las sociedades que examinamos, uno debe preñar a la mujer, proteger a los que dependen de él y mantener a los familiares... su cualidad heroica [de virilidad] radica en su autodisciplina,

<sup>40</sup> *Ibid.*, pp. 223-224 (cursivas mías). Sin

en una palabra, en su autonomía como agente".<sup>39</sup> Al final de las conclusiones

muestra algo que puede considerarse como el reconocimiento de esta calidad de equívoco en el comportamiento masculino. En tres párrafos que según él "pueden sorprender (e incluso ofender) a algunas de las feministas más radicales" plantea que "las ideologías de la virilidad siempre incluyen un criterio de generosidad abnegada, dispuesta a llegar al sacrificio", pero que

— las cualidades individuales necesarias para esta contribución masculina son, *paradójicamente*, lo opuesto

a lo que los occidentales suelen considerar como personalidad materna. Para mantener a su familia, el hombre debe ser distante, alejarse para librar guerras o cazar; para ser tierno debe ser lo bastante duro como para repeler a sus enemigos. Para ser generoso debe ser lo suficientemente egoísta como para acumular bienes, a menudo derrotando a otros; para ser amable primero debe ser fuerte, e incluso despiadado a la hora de enfrentarse al enemigo. En el amor debe ser lo bastante duro como para cortejar, seducir e incluso “conquistar” a una mujer.<sup>40</sup>

embargo, a lo largo del repaso de cada una de las situaciones concretas que estudia, no se pregunta por las contradicciones que ello pueda conllevar ni en lo ambiguo de esa construcción de la masculinidad que precisamente pretende explorar.

<sup>41</sup> Tan es así que Lewis llega a considerar estos elementos como parte de los que definen la “ cultura

Así, este autor plantea que dentro de la difícil construcción psicológica individual que es necesaria para llegar a cumplir con lo que la sociedad necesita de sus componentes masculinos, está inmersa una cierta contradicción entre los contenidos de ese mandato y las formas de llevarlo a cabo. Esto explicaría por qué esta doble construcción de la masculinidad no es patrimonio de los sectores populares, sino que sus efectos pueden rastrearse en prácticamente todos los sectores y conjuntos sociales. Pero lo que sí es verdad es que estas normas o modelos culturales toman formas y manifestaciones propias y distintivas en diferentes grupos: el comportamiento extradoméstico asociado al alcohol —como lucimiento personal frente a los pares— y la violencia doméstica —como



de la pobreza" .  
<sup>42</sup> Gilmore, *Hacerse hombre*, p. 216.  
<sup>43</sup> Kaztman, | forma de expresión del control sobre el hogar— son las formas concretas que esta situación equívoca toma entre los varones de los sectores populares urbanos.<sup>41</sup>

Pues bien, tratando de explicar las diferentes variantes en que se expresa el "ser hombre", este autor afirma que las presiones sobre la virilidad están en "relación con la escasez general de recursos",<sup>42</sup> que harían más difícil el papel de proveedor y defensor y por tanto más importante la construcción social de esta imagen masculina. Esta situación de "escasez general" es evidentemente el entorno en que se mueven estos hogares populares y, según esto, explicaría por qué es más fácil para un varón de clase media desarrollar estos mismos contenidos de su identidad de género asociada al mundo externo, sin necesidad de caer en su "maximización" mediante la violencia y el abuso del alcohol inmersos en la imagen del "macho". Quizá en ella, más que en el "desajuste" de que hablan Kaztman<sup>43</sup> y los demás autores, esté el marco de esa dificultad de llevar adelante los contenidos culturales asociados al patrón de proveedor del hombre y, por tanto, quizá también por eso se dé la exaltación de la fuerza bruta o el alcohol, que según Foley<sup>44</sup> están presentes en la identidad de lo que él denomina "clase trabajadora".

El historiador Roberto Miranda ha realizado el único trabajo que conozco

<sup>44</sup> Douglas Foley, " Does the Working Class Have a Culture in the Anthropological Sense?" , *Cultural Anthropology*, vol. 4, núm. 2, 1989. |

en que explícitamente se habla de dos patrones de comportamiento masculino, relacionados de alguna forma a diferencias de clase. En su propuesta —centrada en la Nueva Galicia— muestra cómo desde las reformas borbónicas se intenta implantar un código de comportamiento masculino que denomina “a falta de mejor categoría” como “patriarcalismo ético”,<sup>45</sup> que se basa en “el autocontrol de las pulsiones sexuales, en el honor virtud, en la creación del padre proveedor y en el asentamiento del padre que sabe ordenar y que se responsabiliza de la moralidad de sus dependientes por medio de la razón y de la conducta pública intachable”.<sup>46</sup> Además del primer aspecto (en el que basa su argumentación), encontraríamos en esta descripción bastantes rasgos asociados con el “hombre proveedor”. Las mujeres, por su parte, “tuvieron que ser puras de conducta y sentimientos, ser virtuosas en todos los sentidos, para guardar el honor de la casa”.<sup>47</sup> En este caso podemos ver más de cerca el “carácter de clase” de estas normas, pues no aparecen en principio las responsabilidades domésticas que hemos visto entre los sectores populares. De todas formas, el énfasis en “el honor de la casa” pone ya las bases para la condena social de la libertad de la mujer.

El problema, según Miranda, es que éste fue un discurso creado desde las élites y, por tanto, resignificado por la sociedad. Por ello, y dado que desde el xvi se asumía al hom-

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>45</sup> Roberto Miranda. “ Exploraciones históricas desde Guadalajara sobre la masculinidad en México ” . Seminario de Investigación, Tercer Semestre. Doctorado en Ciencias Sociales CIESAS-UdeG, Guadalajara, 1997, p. 3.

<sup>46</sup> *Ibid.*, pp. 6-7.<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 22.<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 23.

bre la posesión de los impulsos libidinosos, se da “el desarrollo de una jerarquía sexual que permite a los hombres salir del hogar a ejercer la sexualidad, [que] posibilita que estos eviten el déficit psíquico de la constancia [matrimonial]”.<sup>48</sup> Es decir, se asume de alguna forma la posibilidad de una masculinidad extradoméstica, necesaria para poder llevar la hogareña a buen puerto, con lo que se dan las bases para el surgimiento del “macho”. Miranda lo explicita así:

— al no existir marcos restrictivos más allá de la autoconciencia y legales que penalizaran la sexualidad “desviada” de los fines del matrimonio, se abrió la puerta para que los hombres entraran a espacios más lascivos... lo que acabo de decir aquí se conoce, lo que es menos sabido es que el machismo, tal y como aquí se ha definido, es un fenómeno del siglo XIX, tiene su génesis en el fracaso de imponer un cultura de la constancia sin formas institucionales, sin marcos legales, sin espacios individualistas consolidados... Si el patriarcado ético era un mito, un ideal inconsecuente, su hijo bastardo el machismo, se impuso en amplios espacios de la vida.<sup>49</sup>

<sup>50</sup> Para Gilmore, el “ machismo ” , con ese nombre, no es más que una de las formas concretas que toma la ideología de la masculinidad, que se extiende desde el Mediterráneo hasta

Así, Miranda da una explicación que dista mucho de la Gilmore.<sup>50</sup> En vez de encontrar la ambigüedad del comporta-

miento masculino en sus mismos fundamentos sociales, la busca en un contexto histórico concreto marcado por una “modernización” cultural inconclusa

Latinoamérica. Dado que este autor no incluye ningún planteamiento histórico en su argumentación, la de Miranda podría ser una veta que deba explorarse y quizá serviría para aterrizar tanto histórica como espacialmente sus planteamientos generales.

y desinstitucionalizada. Esto puede ser arriesgado y por tanto merecería mayor escrutinio, pero podría explicar el porqué de su prevalencia en Latinoamérica como lugar donde el desarrollo histórico que llevó a los ideales individualistas y capitalistas fue, como él mismo dice, más impuesto que evolutivo. Por ello, tanto “el mito” como “su hijo bastardo” conviven de formas diversas a largo y ancho de estas formaciones sociales. Otra consecuencia de esta imposición ideológica fue que el “patriarcado ético... se fue formando lentamente y tal vez únicamente se consolidó en los grupos medios, en los grupos individualistas”,<sup>51</sup> mientras que “el machismo... se lo endilgaron a mu-

<sup>51</sup> Miranda, *op. cit.*, p. 23 (cursivas mías).

chos hombres... que no creyeron, no entraron o no pudieron ingresar a las filas de las nuevas solidaridades individualistas y, en consecuencia a la par construyeron otras nuevas, muy ajenas al patriarcalismo ético pequeñoburgués”.<sup>52</sup> Así, esto explicaría las diversas formas que toma el comportamiento “machista” entre clases y, de nuevo, su expresión más clara entre los sectores populares, que no recibieron mayores beneficios de las nuevas ideologías individualistas y el orden que representaban. Esto lo muestra Miranda poniendo énfasis tanto en la construcción sincrética de normas culturales

<sup>52</sup> *Ibid.*, pp. 23-24.

<sup>53</sup> Y podría explicar también por qué tanto el alcoholismo como la violencia doméstica se “desvanecen” como prácticas de los sectores medios y altos y en cambio son ideológicamente asociados sólo con los sectores populares: sirven para apoyar unos estereotipos que los deslegitiman al vincularlos con cierta “animalidad” .

como en la fuerza de los estereotipos en la formación de identidades sociales.<sup>53</sup>

### **La “responsabilidad”, una norma de comportamiento**

Así pues, la forma en que cada varón concreto afronte la ambigüedad implícita en el hecho de tener que responder simultáneamente a dos modelos de comportamiento, supone ya de por sí una amplia gama de posibilidades concretas de actitudes y conductas. Pero esa variedad no acaba ahí. Para mostrarlo, continuaré tratando una de las dos caras de la moneda: la asociada al hogar, que además de ser la que guía este artículo, es la que aparece tanto en los testimonios recogidos como en casi todos los aportados en la bibliografía. Tanto la imagen ideal de las mujeres como su práctica cotidiana y sus preocupaciones básicas están en el ámbito doméstico, y desde ahí construyen el discurso en torno a su comportamiento y al de los hombres. Y entre estos últimos, dado que las entrevistas también se realizaron desde su papel de “jefes de hogar” y dentro de sus casas, también predomina una “perspectiva doméstica” al analizar sus actos y los de otros. Entonces, el discurso legítimo que mantienen es el del “patriarcalismo ético”. Si esta investigación hubiera tratado de buscar la masculinidad en el entorno de las relaciones sociales entre pares y, sobre todo, si las entrevistas se hubieran realizado en cantinas, canchas de fútbol u

otros espacios, es bastante posible que el discurso legítimo desde el que se hubieran construido las vivencias hubiera sido más el del "macho".<sup>54</sup>

Esta "perspectiva doméstica" desde la que se construyen las imágenes, hace que la noción de referencia para medir o "juzgar" el comportamiento masculino sea la responsabilidad. Tanto hombres como mujeres, cuando se refieren

a la conducta de los primeros en sus hogares lo hacen refiriéndose al binomio "responsable-irresponsable". Y lo interesante de su uso es que siempre se hace en términos de adjetivo, no de sustantivo: la "responsabilidad" no se toma per se como una medida, sino como un modelo de referencia sobre las conductas de los individuos, que es lo que se adjetiva. Ello supone la existencia de un tipo ideal de comportamiento masculino: el "hombre responsable". A partir de él se podría construir un continuum analítico situado entre los polos del hombre "plenamente responsable", por un lado, y el hombre "totalmente irresponsable", por el otro; y entre ambos extremos se podría caracterizar el comportamiento de cada uno de los varones. Pero este continuum sería sinuoso, pues la forma en que este modelo se relaciona con los comportamientos no es mecánica ni unilineal, sino que presenta matices y vericuetos interesantes que pueden

<sup>54</sup> Otra circunstancia que apoya el discurso desde esta óptica es que la misma accesibilidad para las entrevistas está mediada por la actitud del hombre hacia su hogar. Teniendo en cuenta que se les buscó en y desde su familia, es más fácil que esté más dispuesto a platicar un hombre que cumple en ella como socialmente se espera que lo haga, que alguien que no lo hace (varios rechazos y demoras eternas que sufrí pudieron responder a esto). Una vez concedida la entrevista, dado que el hombre habla y construye su historia y su discurso, de nuevo desde el hogar, es más probable que obvie u " olvide" los episodios que tiendan a desvirtuar la " imagen apropiada" que quiere dar, como de hecho ocurrió con algunos hombres que habían pasado por episodios de alcohol y " desobligación" .

<sup>55</sup> En el desarrollo que sigue no voy a abordar el aspecto dinámico de las conformaciones domésticas, las relaciones entre los cónyuges y la forma de entender la "responsabilidad", pero hay que mencionarlo porque es fundamental (Ariza y de Oliveira, 1997). González de la Rocha (1994) planteó que la violencia doméstica estaba asociada a las primeras fases del ciclo doméstico, y lo mismo puede decirse de la "irresponsabilidad". En muchos casos entrevistados, el comportamiento extradoméstico fue causa de irresponsabilidad al inicio de la vida conyugal, pero con el tiempo —y el crecimiento de los hijos, esto es ampliamente repetido— fue siendo abandonado en aras de otro más responsable.

ayudar a descubrir qué es lo que se espera de un varón en su hogar.<sup>55</sup>

En primer lugar, este amplio concepto se puede utilizar en un sentido restringido, aplicándolo únicamente al compromiso de la entrega del "gasto" o "chivo" a la mujer, mostrando que éste es en principio el compromiso más importante e ineludible del varón respec-

to a su hogar. Así se puede apreciar en las palabras de doña Rosa o doña Violeta, o en éstas de doña Juana respecto a su alivianado exesposo: "si juntos fue irresponsable, viviendo separados menos, nunca me dio nada. Dios sabe que él nunca dio nada". Cuando esta referencia se da sólo respecto a la faceta económica, estamos ante una concepción doméstica que podríamos considerar como "contractual": el varón tiene un compromiso concreto —y casi medible— respecto al resto de los miembros —que desaparece si hay separación—; mientras que la mujer, a cambio, debe proveerle de unos "servicios" básicos. Así lo dejan ver las palabras de doña Erminda: cuando se separó "me tocaba duro con los hijos... [el esposo] a veces me daba y a veces ya no, porque como ya se fue de una vez para su casa... Y como llegó a fallecer la mamá, ya se quedó él solo con sus hermanos, tenía que mandar a lavar su ropa o que pagar ¿verdad? Le hacía falta sí".

Pero el ser o no "responsable" también tiene una acepción más compleja, que abarca la asunción por parte del varón de un papel más activo y comprometido en su hogar, con una referencia que podríamos denominar "moral" que incluye pero sobrepasa el aspecto puramente económico. Éste sería el caso del evangélico don Pancho, quien a raíz de unas amenazas de muerte por una deuda dejó de pleitear porque "el dinero se hace y la vida ya no se hace, entonces yo, como jefe del hogar, tenía que tratar la manera de mantenerme vivo, sí, para ellos, entonces dejé eso". Además de ser el único que utilizó el término "jefe" para autoconsiderarse, puede notarse que el compromiso doméstico para él va más allá de una simple entrega periódica de dinero. De hecho, es cabeza de un "clan" que comparte vivienda y formado por los hijos casados que trabajan con él de albañiles. La responsabilidad hacia éstos le ha llevado tanto a controlarles las amistades como a "registrarles las bolsas". Esta concepción se muestra también en la forma en que describe a sus yernos: "son responsables, no les dan mala vida [a las hijas], no las matan de hambre, no las pegan... son responsables a través de la pobreza".

La imagen del "hombre proveedor" hace que la forma más completa de ejercer esta responsabilidad sea asumiendo él solo la tarea de aportar ingresos para el hogar, como vimos en el caso del esposo de doña Elvira. De nuevo, una advocación de don Pancho muestra esta idea: "el hombre es el chorrizo



de la pila que está echando agua, y al cerrarse, ya se secó la pila". Pero en las circunstancias en que viven estos hogares, esto no siempre es posible, por lo que a menudo la mujer debe colaborar en ello. Como comenta don Jordán: "yo quisiera ganar bien desde un principio, y que ella no hiciera nada, porque el hombre tiene que mantener a la esposa, ¿verdad? Pero cuando no se puede, Dios mira que tengo la voluntad de mantener a la esposa pero no tengo la facilidad. Entonces no es porque yo no quiera, es porque yo no puedo, por ese motivo ella ha luchado conmigo». Esta situación parece ser preocupante para don Jordán, pues pone como testigo al mismo Dios de que la voluntad no le falta para cumplir con lo que "tendría que hacer", y no es extraño, pues ello cuestiona el papel sobre el que ha construido su imagen de hombre "responsable" que ha sacado adelante su familia y dado educación a sus cuatro hijos "honradamente, ganando unos pocos centavitos, pero gracias a Dios, sólo con trabajo".<sup>56</sup>

<sup>56</sup> Estas menciones a la honradez y el trabajo, muy similares a las que acabamos de ver de don Pancho, pueden mostrar que estos elementos — ganar el pan limpiamente— forman también parte de la imagen del " patriarca responsable" y les sirven para legitimarse.

Por algunos de estos casos, podríamos considerar que el abandono del hogar y con ello la separación física de la mujer e hijos sería la muestra máxima de la "irresponsabilidad", y así sucede muchas veces. Pero precisamente el contenido que se dé a este concepto puede hacer las cosas más complicadas. Por un lado, existen varones que pese a abandonar el núcleo, siguen cumpliendo en él de varias formas. El hombre

de quien doña Rosa se separó por estar con otra mujer sigue cumpliendo parte de sus “responsabilidades” domésticas: “me ayuda, me da 200 quetzales [aproximadamente \$260] al mes... se preocupa por las niñas, en sus estudios las ha ayudado”.

También el mismo esposo a quien doña Erminda exculpaba de apoyarla económicamente, “siempre ha estado constante aquí” y, de hecho, los hijos “reconocen que su papá es su papá”. Por su parte, él cumplió otro papel tan o más importante que el económico: “todos tienen el oficio del padre” y hoy dos de los tres varones viven de la serigrafía.<sup>57</sup>

<sup>57</sup> Este caso sería un ejemplo de “unión de visita” como fórmula intermedia entre la de jefatura femenina y la de ambos jefes, una situación que “lleva cuestionar los estereotipos que asumen como un comportamiento dominante la irresponsabilidad del varón y el ausentismo paterno. Las uniones de visita permiten el establecimiento de una relación cercana entre padres e hijos” (Ariza y De Oliveira, *op. cit.*, p. 39).

Por otro lado, existen varones con conductas muy poco “responsables”, pero para quienes la “unidad del hogar” está por encima de su papel en él, lo que da lugar a las situaciones más perversas e incluso violentas. Así, desde que se casó con un hombre 20 años mayor que ella, doña Frigia no ha dejado de sufrir las consecuencias de su alcoholismo ya crónico. Cuenta cómo cuando se juntó “ya no trabajé, ya hasta ver que los patojos... que el sueldo que ganaba no competía para tanto patojo, entonces tuve que buscar la forma de ingeniármelas para trabajar... A veces me lo daba todo y a veces me daba menos, pero de ahí había que pagar terreno, había que pagar luz, agua”, por lo que lleva prácticamente toda su vida trabajando para “completar” el aporte irregular del esposo. Pero ése no es todo el problema de esta familia,

el hijo mayor cuenta: "yo a mi mamá nunca la he dejado... por la sencilla razón de que mi papá tanto que toma, me da miedo que le pase algo a mis hermanos... un día a mi esposa le tiró un hacha y eso que ella no tiene nada que ver aquí... Entonces siempre trato de estar con mi mamá aquí, el otro día también la lastimó... Yo una vez tuve que pegarle, ayudarle a mi mamá, la amenazó con un machete a ella". En este caso, en vez de actuar "irresponsablemente" abandonando a su mujer e hijos, el varón hace todo lo posible para que ello no ocurra. Ella no visita a su familia "porque él no me deja, dice: 'si vas, te vas a ir de una vez' y no se qué.." y, para ello cuenta con una ayuda inestimable: el mismo hijo que impide que la golpee, paradójicamente contribuye a mantener la situación que provoca la violencia: "mi papá puede ser lo que quiera, pero es una persona que llevo siempre en mi corazón"

En relación con la ambigüedad de comportamientos masculinos tratada más arriba, ya se comentó que este concepto de "responsabilidad" no se aplica a la "vida extradoméstica" del varón, sino a las consecuencias que ésta puede llegar a tener en el hogar. Así se observa con doña Violeta y doña Rosa, que no consideraban a sus esposos como "irresponsables" pese a su consumo de alcohol. Lo que esta escala social de comportamiento mide entonces es la vinculación del hombre con sus responsabilidades domésticas, aspecto que está conectado, aunque no unidireccional ni mecánicamente, con

esa otra faceta de la masculinidad. Es evidente que en muchos casos la irresponsabilidad va unida a los elementos asociados al "macho", y entonces éstos son criticados, mas no por ellos mismos, sino por el efecto que llegan a tener en el hogar. Ya vimos cómo el padre de Tito no era capaz obligar a su hijo a dejar de beber; si embargo, es más duro con él en términos de su responsabilidad: "la esposa nos dejó a los tres hijos y se fue para Los Ángeles... ella constantemente manda la mensualidad de ellos para sus estudios... Como ella le manda, él aquí se atiene, es muy irresponsable, ya se lo dije yo, que sea responsable con sus hijos, porque no toda la vida vamos a estar aquí nosotros".

De hecho, la posibilidad de mantener este tipo de comportamiento depende mucho de que las actividades extradomésticas no lleven a una irresponsabilidad tal que la faceta doméstica quede desatendida. Así lo muestra doña Juana: "me fui a vivir con él [el esposo], pero ya al tiempo no se podía, muy irresponsable, tomaba mucho, a veces no había ni para pagar el cuarto. Entonces decidí regresarme a mi casa otra vez". En este caso fue por esa misma "irresponsabilidad" por la que doña Juana siguió manteniendo el contacto con su hogar materno: "siempre medio trabajaba, me venía aquí a hacer mis cositas. No me llevé la máquina [de coser], porque hasta eso quería, que me llevara la máquina, yo no quise porque en esas sus bolencias [borracheras] quién quita y me la vendía. Entonces mi máquina siempre estaba aquí en mi casa".

Por último, queda un aspecto de suma importancia: la relación de la responsabilidad con la autoridad tampoco es exactamente lineal. Se ha debatido mucho a este respecto, pues "como ha sido ampliamente discutido en los estudios de género, el rol masculino se define principalmente por su vinculación con el mundo exterior, su ascendencia moral proviene de su función como proveedor de las necesidades materiales

del hogar".<sup>58</sup> Sin embargo, muchos de los estudios citados muestran cómo la actividad laboral de la mujer no ha traído un cambio en el reparto de autoridad al interior del hogar.<sup>59</sup> Así, de nuevo, la

realidad desborda los patrones simples, y en este caso es necesario considerar, como Gilmore, que el "poder doméstico" se construye cada día entre dos actores al menos: el hombre y la mujer (en el caso de doña Frigia vimos que el hijo también era básico); y que este reparto de poder puede darse "sin importar el 'derecho'; es decir, los estándares de jure,

públicos".<sup>60</sup> Esto implica que asumir una total responsabilidad no tiene que implicar automáticamente un control del "poder doméstico".

En la manera en como se comportan las mujeres pueden detectarse al menos cuatro elementos como básicos a la hora de negociar el "poder doméstico" con los hombres. En primer lugar está la propia concepción que la mujer tenga de lo que debe ser "la familia", de los componentes que deba te-

ner de la concepción —“contractual” o “moral”— de la jefatura. Además, para que una mujer sea capaz de actuar de una forma más o menos autónoma frente a un hombre, debe tener unas bases sobre las que apoyarse. Como se ha mencionado en varios trabajos<sup>61</sup> una de ellas es la capacidad de generar recursos, pero quizá es más importante el significado de que se dote a esta posibilidad y la actitud con que se asuma: una mujer que siempre o casi siempre ha trabajado y no ha dejado de hacerlo cuando se juntó, puede saber que el aporte del hombre no es tan necesario para mantener una familia. Pero si el trabajo siempre ha estado relacionado con la “necesidad” en que la pone la “irresponsabilidad” —como ocurría con doña Frigia—, es más difícil que lo considere como un posible instrumento hacia su bienestar. Otra base no menos importante es la posibilidad de contar con apoyo frente a la actitud masculina, apoyo que normalmente se encuentra en la madre o la familia más cercana. Pero, de nuevo, este pilar no es en sí básico si no se le dota de ese contenido instrumental y se le utiliza en la dirección requerida. Y, por último, a todo ello habría que añadir, evidentemente, la actitud del hombre y su propia concepción de la jefatura, que ya hemos estado viendo, y no siempre ha de ser la de un contrincante frente a la mujer.

Con lo anterior en mente, veamos rápidamente algunas de las posibilidades de relación entre responsabilidad y autoridad. En primer lugar, hay hogares en que esta relación es

<sup>61</sup> Ariza y De Oliveira, *op. cit.*

bastante directa, y en los que la concepción "moral" de que hablábamos parece conllevar también el derecho a ejercer la autoridad. Así lo veíamos cuando don Pancho se autoasumía como "jefe" de su hogar. También el "hiperresponsable" don Jordán, que si bien reconoció que su mujer tuvo que apoyarle trabajando, esta actividad se hizo siempre dentro de unas reglas muy claras: dentro de la vivienda —socialmente invisible y sin descuidar a los hijos—, cocinando, lavando ropa y cosiendo para familiares que llegaban del pueblo —con lo que la actividad quedaba entre trabajo y ayuda—; y cuando don Jordán consideró que ya no era necesario, ella dejó de trabajar —a pesar de que ella quería seguir haciéndolo—. Con todo esto, él puede considerar, como hace explícito varias veces, que ella trabajaba "para ayudarme" (y aun así, como vimos antes, pone a Dios por testigo de que él quisiera que no hubiera sido necesario) y sentirse así el artífice moral y material de "la superación" de la familia y, por tanto, poder ejercer su autoridad en ella.

Pero esto no siempre ocurre así: al tratar el caso de doña Frigia, vimos cómo un hombre clara, pública y conscientemente «irresponsable» puede mantener su autoridad sobre todo el conjunto doméstico, apoyándose tanto en la violencia como en los sentimientos filiales. Pero quizá más interesantes son los casos en que, manteniendo los varones una actitud claramente "responsable", deben "negociar" el poder doméstico con sus esposas, pues éstas no están dispuestas a

convertirse en personas dependientes de la voluntad del otro. Éste sería el caso de doña Esperanza, quien claramente dice: “es lo que yo les digo a mis hijas, que nunca se atengan a lo que el marido trabaja”. Y así, desde que se juntó con su esposo, pese a que él siempre se ha comportado responsablemente, ella ha trabajado desde una posición de igualdad de condiciones, como muestra el ejemplo de un carrito de venta de churrascos: “era de un muchacho y agarró la chupadera y se lo vendió a mi esposo. Puso un muchacho a vender pero le robaba mucho. Entonces le dije yo: ‘deme el negocio, lo trabajo yo pero es mío, porque si uno va a trabajar es porque es propio’. Entonces llegamos a una conclusión: que nos íbamos a repartir las ganancias, por partes iguales, y yo me dije que como era mi marido, el papá de mis patojos, ‘está bueno’, le dije yo”. De esta forma, ambos tienen unos ingresos propios sobre los que se basa la economía doméstica: “nosotros con él nos hemos acostumbrado a tener el negocio, él trabaja, y aparte yo tengo otros negocios y así. El dinero se va juntando, se va uniendo y entonces al momento que pase alguna emergencia... el dinero de él es mío y así podemos hacer lo que queramos. Y él igual, trabaja en el taxi, junta unos centavos y me dice ‘guárdeme esto’ Y allí hay para la comida, para cuando no tenga o si alguno se enferma”. Así, el esposo ha de aceptar que ella, pese a aportar realmente menos dinero a la economía doméstica, sea parte fundamental en la toma de decisiones, desvinculando ambos elementos.



Quiero terminar estos casos desarrollando uno que muestra una apariencia de situación en que una responsabilidad plenamente asumida y con un carácter "moral" se combina con un claro ejercicio del poder doméstico. No obstante, tras ella se esconde toda una labor de la mujer por lograr un espacio en la toma de decisiones de una forma que no compromete, sino que reafirma la supuesta superioridad masculina. Doña Evelia cuenta cómo, casi con 30 años, se juntó con un hombre separado: "lo conocí porque él vivía con su esposa aquí, pero la esposa se fue a los Estados Unidos y ya no respondió [véase uso de este término también para las mujeres]". Tras casarse, ella siguió trabajando pese a la (al parecer) tenue oposición del nuevo esposo, cuyo empleo como instructor de tenis debería asegurar la subsistencia familiar. La forma en que doña Evelia relata este episodio muestra ya cómo se han establecido las relaciones entre ambos y sobre qué bases ella ha conseguido mantener su autonomía:

■ yo siempre he trabajado, desde pequeña... cuando ya me uní a él, no me dijo ni que sí ni que no, seguí trabajando...Él siempre había sido de esa idea de que la mujer no trabajara, pero, por estarse sosteniendo, componiendo toda la cosa, él perdió [a la primera esposa], se dio cuenta de que no le valió de nada el tenerla ahí y darle de todo y consentirla, si de todos modos se fue. Al principio se me hace que él era de plano muy

celoso, pero yo lo he sabido hablar a él y darle confianza, y vivo intercalándole entre las amistades de trabajo... Cuando nació el primero seguí trabajando, con el segundo la empresa quebró y me quedé un lapso de ocho meses [sin trabajar]. Yo miraba que las patojas, las hijas de él, hacían todo y me decía "¿qué hacemos aquí él necesita ayuda", pensaba yo. Le hablé a él "mire, yo me quisiera ir a trabajar, seguir trabajando", "va.., vamos a ver dónde la colocamos" y por medio de él conseguí dónde y me quedé.

Para lograr vencer la resistencia del esposo a su voluntad de seguir trabajando usa tres armas. En primer lugar, el apoyo de la madre, que la libera, junto a las hijas de él, del cuidado de los niños. En segundo, desarma las posibles justificaciones basadas en los celos a base de «hablarle» y de mostrar con evidencias que no hay causa para ello. Pero la tercera es quizá la más importante: utiliza su posición de fuerza frente a un hombre que ha sido abandonado por su mujer. Y lo interesante es que todo ello lo realiza sin romper las reglas que otorgan al marido el papel fundamental en la toma de decisiones que afectan a la actividad de la mujer: siempre le consulta a él, le deja la última palabra y le permite que sea él quien le consiga el nuevo empleo, dándole así el carácter de jefe del hogar y nunca enfrentándose directamente a su poder.

Incluso, el trabajo de ella no cuestiona para nada el del esposo, pues los ingresos obtenidos son mínimos, y podemos asegurar que lo realiza más por asentar su papel que porque haya una real "necesidad" en el hogar. Y este equilibrio de fuerzas sigue presente en la conformación del poder doméstico en ese hogar. El hombre es quien nominalmente lo ejerce y como tal se le reconoce, pero las formas de hacerlo no son en absoluto autoritarias, sino que están mediadas por la voluntad de trabajar y de autonomía que muestra doña Evelia. Así, el esposo cumple perfectamente su papel de proveedor principal, incluso con dosis de magnánima generosidad y una discrecionalidad en el uso de sus ingresos que le dan una importante fuente de poder al usarlos de una forma "responsable". Además, los utiliza como "apoyo" a lo que debería ser responsabilidad de la esposa: "ni me pide cuentas de mi dinero, ni yo sé tampoco lo de él, él gasto no me da. Entre semana yo soy la que me manejo con mi dinero, el día domingo que vamos al mercado, ahí yo soy la que compro y él es el que paga."

Con todo este comportamiento, el varón asienta su poder de una forma que no es en absoluto autoritaria, sino que podríamos considerar «hegemónica», una hegemonía cuya «ideología» se basa en el cariño que despierta en sus hijos y mujer: «para nosotros él se lo merece todo, nosotros le tenemos mucho cariño a él. Aparte de ser mi esposo, le tengo mucho cariño, porque él se preocupa de todos nosotros».

Pero lo que hay que tener en cuenta es que esta situación, en que el poder ha de ser manejado de una forma tan “disimulada” y en que, como consecuencia, las relaciones son bastante igualitarias, se produce precisamente por la actitud de la mujer hacia el hombre, que le obligó de alguna manera a actuar según un modelo diferente al que él proponía. En ésta, ella guarda un alto grado de autonomía y capacidad de decisión y tiene un lugar en la economía doméstica, no dependiendo totalmente de él, e incluso puede sentirse en parte en un mismo grado: “donde yo trabajo tengo posibilidades de ahorrar. Tuve oportunidad, me estuvieron descontando y les traje la televisión”. Con el poder simbólico de este electrodoméstico, aunque haya sido quizá su único aporte, doña Evelia puede sentir que continúa siendo, como cuando vivía con su madre, un elemento importante en el bienestar y el status domésticos.

### **Comportamientos domésticos: la diversidad y la norma**

Así pues, si combinamos todos los elementos y actitudes presentados, parecería que entre estos hogares la heterogeneidad debería ser la norma del comportamiento doméstico, el elemento que los definiera. Esto implica que las cosas no son tan sencillas como aparecen en algunos trabajos: ni todos los hombres son responsables y/o libertinos pero siempre autoritarios, ni todas las mujeres son siempre

<sup>62</sup> Jelin, *op. cit.*, p. 39.

víctimas sumisas que, como mucho, reaccionan ante su situación. Existen casos de varones que actúan como verdaderos soportes de su hogar y en ello dejan los mejores años de su vida, y que merecen un lugar en la literatura porque existen en la vida real. De la misma forma, también lo merecen las mujeres que son capaces de dirigir un hogar y sus vidas según un proyecto propio y con un hombre al lado, sin que ello conlleve necesariamente un conflicto dentro del hogar. Es sabido que la visión jerárquica del hogar surgió como reacción al idílico funcionalismo parsoniano y como una forma de rescatar la situación de la subordinación de la mujer. Pero esta necesaria puntualización no ha de llevarnos —como a veces ha ocurrido— al extremo contrario, y olvidarnos que el hogar también es un espacio de solidaridad y cohesión. Como nos recuerda Jelin, todo el complejo sistema de negociaciones que acabamos de ver “ocurre en un ámbito en que también están presentes los amores y afectos, las obligaciones y deberes mutuos”.<sup>62</sup>

Así, el retrato de estos hogares —y las reflexiones que se hagan a partir de él— debe tener en cuenta siempre la gran diversidad de respuestas que se dan en unas condiciones en principio más o menos comunes. Hemos encontrado varones que ejercen su responsabilidad de forma cabal, otros que la cumplen en su grado mínimo —pero siempre dentro de lo que se espera de ellos tanto dentro del ámbito doméstico como fuera de él—, y otros para quienes el tener mujer e

hijos no parece representar compromiso alguno. Hemos encontrado mujeres que aceptan, más o menos sumisas, las condiciones del varón en la dinámica doméstica, aunque tengan para ello sus razones; pero también a otras que mantienen una constante y muchas veces exitosa negociación sobre estas condiciones y, finalmente, existen otras que son capaces de hacer su vida sin la presencia constante de un hombre.

Ante esta situación, los textos hallados sobre diversidad de comportamientos domésticos no aportan planteamientos que expliquen la diversidad mostrada en estos casos.<sup>63</sup> En consecuencia, ¿hemos de concluir que realmente no existe una norma que se pueda considerar como el patrón cultural que guía los comportamientos domésticos de estas personas?, ¿habremos de aceptar que la heterogeneidad es lo que los define? No creo que haya que llegar a ese extremo, lo que considero es que resulta necesario revisar la forma en que se ha tratado habitualmente la relación entre los comportamientos concretos y las normas culturales que los guían.

Esto implica, en primer lugar, que no se puede encontrar toda la respuesta en el modelo cultural, y que también

<sup>63</sup> Me refiero en concreto a tres. El primero es el clásico de Gans sobre los italianos en Nueva York, que plantea que se podían encontrar diferentes “subculturas” asociadas a las tres “clases” que él trabaja —clase media, clase trabajadora y clase baja [*lower class*]— y que “quizá la diferencia más importante —o al menos la más visible— entre las clases es una de estructura doméstica”. Sin embargo, los rasgos que según él definen a estas “subculturas” se superponen en los casos analizados, incluso dentro de las mismas unidades domésticas, por lo que no se puede aplicar este criterio “estructural” o clasista. El segundo es el ya citado de Gutmann, cuyo argumento es que hombres y mujeres ya no se comportan como lo hacían antes, por causa de las transformaciones socioeconómicas e ideológicas en que están inmersos. Por tanto, él ve variaciones tanto por la migración como generacionales, que tampoco se aprecian claramente en los casos analizados: existen más permanencias que cambios, y la variable generacional no parece mostrarse tan importante para comprender la heterogeneidad de comportamientos. Por último, la propuesta de Ariza y De Oliveira de que existe relación entre las formas familiares y la dinámica intradoméstica es evidente en sí misma, sobre todo al diferenciar los hogares con ambos jefes de aquellos de jefatura femenina, y muchas de sus observaciones se corroboran en los casos aquí expuestos. Sin embargo, como ellas mismas reconocen, cada una de estas formas conlleva una gran variedad a su interior.

hay que acudir a la capacidad de acción de los sujetos. De hecho, la actitud que tome cada varón respecto a la ambigüedad del patrón de conducta que socialmente se espera de él no puede entenderse sin tener en cuenta esa capacidad de agencia. Que se den casos en que un jefe de hogar renuncia totalmente a su "libertad" de gasto para entregar todo lo que gana para el bienestar de su familia sólo puede considerarse como una ruptura con todo un mundo social a que se tiene derecho, a sabiendas de lo que eso conlleva. Además, el hombre puede no ser esa carga autoritaria para el bienestar doméstico que aparece subliminalmente en algunos textos, sino que puede convertirse en un agente de la prosperidad del grupo e incluso ser capaz, contra todo pronóstico según el modelo cultural, de ceder espacios de poder y decisión a la mujer.

Pero donde es totalmente necesario tener en cuenta la capacidad de cierta acción autónoma de los sujetos respecto a las normas sociales y culturales es para entender el comportamiento de las mujeres. Su lugar en la sociedad parece estar claramente delimitado por la ideología patriarcal y sus capacidades de negociación ante ello parecen estar totalmente fuera de este modelo. Sin embargo, esta constatación no es muy útil para comprender cómo actúan en sus hogares. Existen algunas mujeres cuya capacidad de acción parece quedar sólo en la de reaccionar ante el comportamiento que vaya a desarrollar el esposo, para sacar adelante las tareas y res-

ponsabilidades que culturalmente le corresponden; pero los testimonios sugieren que en otros casos no reaccionan, sino que con sus ideas, acciones y comportamiento son una parte activa y a veces muy importante en el reparto de funciones, tareas y poder al interior del hogar.

Por ello, de la misma forma que entre los hombres se hablaba de un continuum analítico entre los dos posibles comportamientos domésticos, podríamos hablar de la relación de la mujer respecto al poder masculino como una gradación —de nuevo sinuosa— entre la “total dependencia” y la “plena autonomía”. Y lo interesante de este “eje de análisis” es que tiene un comportamiento totalmente autónomo respecto al anterior. Hay casos en que ante un esposo “plena-mente responsable” existe una mujer “totalmente autónoma”, lo que llevará a un reparto del “poder doméstico” muy diferente a la situación en que la mujer acepte de hecho su “plena dependencia” respecto al varón. De la misma forma, ante un esposo “irresponsable” no va a aparecer, automáticamente y como reacción, una mujer “autónoma”. Es más, su destino en una situación así dependerá precisamente del grado de “dependencia/autonomía” con que conciba su relación con el varón.

Teniendo en cuenta entonces que los individuos no son meros agentes de unas estructuras culturales, hay que constatar que dentro de la variedad de comportamientos domésticos encontrados existen algunos elementos que se repiten



y a los que a menudo los actores han hecho referencia de forma directa o indirecta para explicar o justificar sus comportamientos. Por medio de ellos podemos buscar patrones que finalmente nos lleven a ver cuál es la concepción de hogar que está detrás de todos ellos, y a rastrear un modelo de referencia, una "moralidad familiar" que Sarti define como "[un] conjunto de normas y valores que organiza la vida fa-

<sup>64</sup> Sarti, *op. cit.*, p. 115.

<sup>65</sup> Herbert Gans. *The Urban Villagers. Group and Class in the Life of Italian-Americans*, The Free Press, Glencoe, 1962.

<sup>66</sup> Gutmann, *The Meanings of Macho*.

miliar".<sup>64</sup> Pero para poder explicarnos esta gran variedad de comportamientos, más que buscar elementos relacionados con la clase<sup>65</sup> o con el cambio generacional<sup>66</sup> —que evidentemente es-

tán presentes—, habría que pensar que la articulación entre el modelo normativo y las prácticas cotidianas no es un asunto sencillo, ni mucho menos mecánico o unilineal.

El papel del hombre en estos hogares, pese a la diferente posición posible dentro del continuum de responsabilidad/irresponsabilidad y a su variable relación con lo que haga fuera de ellos, responde a unas ideas concretas. La mera existencia de este concepto de referencia, la "responsabilidad", muestra que, sea cual sea el comportamiento particular, existe una "imagen ideal" sobre la cual hacer comparaciones. Y parece que esa "responsabilidad", para ser plena, ha de ser exclusivamente llevada por el varón. Las condiciones de "necesidad" no lo hacen posible la mayoría de las ocasiones, por lo que la mujer también se convierte en proveedora.

Esta concepción de ser el principal —si no el único— proveedor parece tener bastante relación con el reparto de autoridad al interior del hogar: asumir ese compromiso garantiza el poder ejercer un cierto grado de poder de tal forma que el empleo femenino no lo cuestione. Así, dentro de la versión “contractual”, si el hombre aporta, “cumple” con su compromiso, por ello mismo tiene derecho a exigir su parte de poder. Pero si no lo hace, la mujer puede no cumplir con su papel y abandonarle, o negociar desde su posición de también aportadora un nuevo reparto. De esta forma, parecería que la relación entre aporte y autoridad es clara. Sin embargo, la cuestión puede no ser tan fácil. Refiriéndose a este problema en Brasil, Sarti apunta que “la autoridad masculina... está basada en la representación social... en la locación del hombre en el sistema de género... [su] papel de proveedor refuerza su posición: está minada si no garantiza el soporte familiar”.<sup>67</sup> Este matiz que coloca al aporte como sólo un refuerzo implicaría que no podemos regirnos únicamente por reglas económicas en el análisis, porque la realidad no sólo se rige por ella, y ayudaría a explicar situaciones en las que siendo la mujer la principal o muy importante aportadora, no se cuestiona la autoridad masculina. Pero lo que resulta importante es que tampoco podemos situar al “sistema de género” como causa universal, pues tampoco nos sirve para explicar los casos en que el varón es capaz de negociar con una mujer que de alguna manera exige ser tenida en cuenta en el reparto de poder doméstico.

<sup>67</sup> Sarti, *op. cit.*, pp. 126-127.

Respecto a las mujeres, como ya se ha planteado hasta la saciedad, su comportamiento está siempre mediado por el hogar, y ello se puede apreciar en varios elementos. Trabaje o no, esté acompañada o no por un varón que cumpla o no lo haga, los quehaceres domésticos son una parte inseparable de su papel doméstico. Quienes pretenden tener una actividad más, como trabajar, obtendrán suficiente legitimidad si ésta no supone el abandono de lo que culturalmente está concebido como su principal tarea. Y esta dedicación tiene su simbolización más importante en los hijos. A diferencia de los hombres, podemos decir que la feminidad como construcción cultural sí que pasa por ser madre, y que esta idea de la maternidad parece ser excluyente, en el sentido de que trabajar y tener hijos se perciben como dos tareas que, en principio, no pueden llevarse a cabo conjuntamente sin merma de la segunda, que es la básica. Esto se aprecia en que los hombres siempre ponen a los hijos como una traba para el empleo femenino, o que lo permiten más si se realiza en el espacio doméstico. Pero no podemos considerar esto sólo como una excusa esgrimida por el varón ante la amenaza que pueda suponer el aporte de recursos por la mujer o la salida de su espacio de control: entre las mujeres también se da esa idea de empleo e hijos como enfrentadas. Incluso quienes siempre han trabajado o que conscientemente han buscado hacerlo para apoyar la economía doméstica o aumentar su capacidad de negociación, aclaran rápidamente cómo hicie-

ron para poder combinar ambas esferas. Además de restringir con ello las posibilidades del empleo extradoméstico, aquí es donde la familia aparece como un elemento básico en esas negociaciones, pues es imprescindible para no descuidar la atención de los niños y, sobre todo, está socialmente aceptado.<sup>68</sup>

Por esta razón, además de una sobrecarga en sus responsabilidades y tareas, para las mujeres el trabajar supone de alguna forma una “transgresión”, una salida de los papeles culturalmente aceptados. Sin embargo, lo que hay que tener en cuenta es que se hace en aras

<sup>68</sup> Esta incompatibilidad entre las dos esferas corresponde a una realidad evidente de no poder llevar las a cabo ambas con igual dedicación. Sin embargo, el carácter de construcción cultural que quiero resaltar en ella se muestra cuando la comparamos con la concepción de las mujeres indígenas mayas antes mencionadas. Para ellas, las esferas productiva y reproductiva no se pueden separar, y por ello trabajar para aportar ingresos y cuidar a los hijos son dos actividades que se realizan y conciben de forma conjunta (Bastos, en prensa).

de una norma cultural mucho más importante: “la única circunstancia que puede acarrear descrédito y condena social a una mujer es el abandono de la prole”.<sup>69</sup> Porque las normas culturales que guían el comportamiento no son estáticas ni cajas de fuerza, son reglas básicas que se adaptan a las circunstancias concretas en que viven quienes las recrean y con ello consiguen una “continuidad cambiante”,<sup>70</sup> que es precisamente lo que las permite seguir vigentes. Así, se puede explicar la aparente paradoja de la convivencia de la actividad laboral de las mujeres no sólo en la ciudad sino en ámbitos rurales —donde se supone que el patrón de comportamientos es más rígido—, con la permanencia de un patrón cultural que las mantiene fuera de ella, porque eso se hace en aras de la prole y su mantenimiento. Como plantea Córdova: “para

<sup>69</sup> Córdova, *op. cit.*, p. 169.

<sup>70</sup> Sarti, *op. cit.*, p. 114.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 162.

comprender en toda su dimensión la aceptación social de esta práctica, reviste particular importancia la noción de 'necesidad':... cualquier tipo de carencia material que impide la

<sup>71</sup> Córdova, *op. cit.*, p. 165 (cursivas mías).

satisfacción de los requerimientos del grupo doméstico".<sup>71</sup> Esta autora se refiere a una práctica que supone una transgresión aún mayor que la ocupación de un espacio y una responsabilidad masculinas, pero el argumento es igualmente válido: en los testimonios la "necesidad" es invocada una y otra vez, de una u otra forma, para justificar el empleo femenino tanto entre los hombres como entre las mismas mujeres.

Son entonces los requerimientos que se dan en la experiencia concreta y vivida de pobreza y precariedad lo que hace que se transgredan algunas normas, pero siempre con justificación en otros valores que pueden ser más "altos". Y esto, a su vez, "crea" norma mediante esa misma experiencia concreta vivida por cada uno. Una mujer que desde pequeña vio cómo su madre trabajaba a la vez que le transmitía los valores domésticos de la feminidad y la maternidad, puede acabar asociando todo en un mismo modelo de comportamiento con lo que "también... es [parte intrínseca de su papel de género] la búsqueda de ingresos complementarios que no involucren el descuido de sus obligaciones".<sup>72</sup> También ser un "padre responsable" puede no significar lo mismo para todos los varones, aunque todos ellos tengan en mente una imagen ideal que seguramente será muy similar. De esta for-

ma, los elementos concretos que conforman el modelo de comportamiento y las relaciones entre ellos se resignifican continuamente de acuerdo con la “experiencia histórica” de cada generación, a unas vivencias concretas que son interpretadas según esas normas reelaboradas. Como plantea Roseberry: “Las actividades de la gente están condicionadas por sus entendimientos culturales, así como sus actividades bajo nuevas circunstancias pueden re- forzar o cambiar esos entendimientos”.<sup>73</sup>

<sup>73</sup> William Roseberry. *Anthropologies and Histories. Essays in Culture, History and Political Economy*, Rutgers University Press, Londres, 1994, p. 42.

En definitiva, en este artículo he pretendido dar algunos elementos que complementen lo que vamos sabiendo sobre las dinámicas de género que se dan al interior de los hogares. Espero haber mostrado que para comprender la situación de subordinación de las mujeres y su papel en las formas que ésta toma —o se desarma— en cada caso y en cada momento concreto de las vivencias cotidianas, es útil preguntarse también por qué los hombres se comportan tal y como lo hacen. Me da la impresión de que para ello es importante estudiar esa doble construcción de la masculinidad que lleva a estos varones de los sectores populares a comportarse de una forma ambigua que muchas veces es destructiva y autodestructiva —pero que también puede ser desarmada por su propia capacidad de agencia—. Es necesario profundizar en la relación que existe entre los conceptos culturales de “responsabilidad” y “necesidad” y su adecuación a las realidades concretas de pobreza, subempleo y desempleo. Por-

que lo que sí debe quedar claro es que todo lo aquí expuesto sólo representa una primera aproximación, unas ideas intuitivas que necesitan un desarrollo más sistemático y, sobre todo, ser exploradas en contextos diferentes para probar o no su utilidad.

### **Bibliografía**

- ARIZA, Marina y Orlandina de Oliveira. "Formación y dinámica familiar en México, Centroamérica y El Caribe", *Ibero-Amerikanisches Archiv*, núm. 23, 1997.
- BASTOS, Santiago. "Jefatura de hogar, trabajo y conflicto: el caso de los mayas en la ciudad de Guatemala", en Mercedes González de la Rocha (comp.). *Divergencias del modelo tradicional. Hogares de jefatura femenina en América Latina*, CIESAS, México (en prensa).
- BENERÍA, Lourdes y Martha Roldán. *The Crossroads of Class and Gender. Industrial Homework, Subcontracting and Household Dynamics in Mexico City*, University of Chicago Press, Chicago, 1987.
- *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*, El Colegio de México / FCE, México, 1992.
- BRUNT, Dorien. *Mastering the Struggle. Gender, Actors and Agrarian Change in a Mexican Ejido*, CEDLA, Amsterdam, 1992.

- BOSSEN, Laurel. *The Redivision of Labour. Women and Economic Choice in Four Guatemalan Communities*. State University of New York Press, Albany, 1984.
- BUVINIC, Mayra. "The Vulnerability of Women Headed Houdeholds: Policy Questions and Options for Latin America and the Caribbean". Documento presentado en la Reunión Vulnerable Women, organizada por The Population Council, Viena, 26-30 de noviembre , 1990.
- CASTELLS, Manuel. "The Net and the Self. Worknotes for a Critical Theory of the Informational Society", *Critique of Anthropology*, vol. 16 núm. 1, 1996.
- CÓRDOVA, Rosío. "Infidelidad femenina y tolerancia social en el campo: el papel de la sexualidad en la construcción de identidades", en Jorge Aceves (coord.), *Historia oral. Ensayos y aportes de investigación*, CIESAS, México, 1996.
- CHANT, Sylvia. "Mitos y realidades de la formación de las familias encabezadas por mujeres: el caso de Querétaro, Mexico", en L. Gabayet, P. García, M. González, S. Lailson y A. Esobar (comps.), *Mujeres y sociedad: Salario, hogar y acción social en el Occidente de México*, El Colegio de Jalisco/CIESAS, Guadalajara, 1988.
- Women-Headed Households. Diversity and Dynmics in the Developing World, McMillan, Londres, 1997.
- DE BARBIERI, Teresita. *Mujeres y vida cotidiana*, SEP, México, 1984.
- DE LEÓN, María Soledad. "Hombres norteños y mujeres livianas: familia, trabajo y relaciones de género en Paredo-



- nes, Michoacán", El Colegio de Michoacán, Zamora, 1996 (tesis de maestría).
- FOLBRE, Nancy. "Women in her Own: Global Patterns of Female Headship", en Rita S. Gallin y Anne Ferguson (eds.), *The Women and International Development Annual*, Westview Press, Boulder, vol. 2, 1991.
- FOLEY, Douglas. "Does the Working Class Have a Culture in the Anthropological Sense?", *Cultural Anthropology*, vol. 4, núm. 2, 1989.
- GANS, Herbert. J. *The Urban Villagers. Group and Class in the Life of Italian-Americans*, The Free Press, Glencoe, 1962.
- GARCÍA, Brígida y Orlandina de Oliveira. *Trabajo femenino y vida familiar en México*. El Colegio de México, México, 1994.
- GILMORE, David. "Men and Women in Southern Spain: 'Domestic Power' Revisited", *American Anthropologist*, núm. 90, 1990.
- *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*, Paidós, Barcelona y Buenos Aires, 1994.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes. *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*, El Colegio de Jalisco-CIESAS-SEP, Guadalajara, 1986.
- *The Resources of Poverty. Women and Survival in a Mexican City*, Blackwell, Oxford y Cambridge, 1994.
- "A manera de introducción: cambio social, transformación de la familia y divergencias del modelo tradicional", en Mercedes González de la Rocha (comp.). *Divergencias*

- del modelo tradicional. Hogares de jefatura femenina en América Latina*, CIESAS, México (en prensa).
- GUTMANN, Matthew. *The Meanings of Macho. To be a Man in Mexico City*, University of California Press, Berkeley, 1996.
- . "Trafficking in Men: The Anthropology of Masculinity", *Annual Review of Anthropology*, núm. 26, 1997.
- JELIN, Elizabeth. *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*, CEDES, Buenos Aires, 1984.
- KAZTMAN, Rubén. "¿Por qué los hombres son tan irresponsables?" *Revista de la CEPAL*, núm. 46, abril, 1992.
- LEWIS, Oscar. "La cultura de la pobreza", en *Ensayos Antropológicos*, Grijalbo, México, 1986.
- LOMNITZ, Larissa. *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI Editores, México, 1975.
- MIRANDA, Roberto. "Exploraciones históricas desde Guadalajara sobre la masculinidad en México". Seminario de Investigación, Tercer Semestre. Doctorado en Ciencias Sociales CIESAS-UdeG, Guadalajara, 1997.
- ROSEBERRY, William. *Anthropologies and Histories. Essays in Culture, History and Political Economy*, Rutgers University Press, Londres, 1994.
- SARTI, Cynthia. "Morality and Transgression Among Brazilian Poor Families: Exploring the Ambiguities", en David J. Hess y Roberto A. DaMatta (eds.). *The Brazilian Puzzle. Culture on the Borderlands of the Western World*, Columbia University Press, Nueva York, 1995.

- SCHRIJVERS, Jo. *Mothers for Life. Motherhood and Marginalization in the North Central Province of Sri Lanka*, Delft, Eburon, 1986.
- VILLARREAL, Magdalena. *Wielding and Yielding. Power, Subordination, and Gender Identity in the Context of a Mexican Development Project*, Universidad Agraria de Wageningen, Wageningen, 1994.
- WILSON, Fiona. *De la casa al taller. Mujeres, trabajo y clase social en la industria textil y del vestido. Santiago Tangamandapio*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1990.